



LOS CLÁSICOS

Walter Scott: el orgullo de Escocia

por Amàlia Ramoneda*

Walter Scott nació en el seno de una familia acomodada de antiguos terratenientes escoceses. Sus padres, provenientes de dos de los clanes más prestigiosos de aquella sociedad rural, intuyendo los cambios que la revolución industrial impondría, decidieron instalarse en Edimburgo, donde se dedicaron a la abogacía.

Walter fue el pequeño de nueve hermanos. Su infancia estuvo marcada por una débil salud y una enfermedad (probablemente una poliomielitis) que le produjo una fuerte cojera que nunca superaría. A raíz de esta enfermedad, tuvo que trasladarse a Sandyknowe, en la zona fronteriza entre Escocia e Inglaterra, donde sus abuelos tenían grandes propiedades, y fue allí, con los viejos pastores y campesinos, depositarios de la riquísima tradición oral escocesa, donde el futuro autor entró en contacto con las leyendas y baladas que impregnarían toda su obra.

Sin embargo éste no fue su único encuentro con la tradición oral. Su madre le infundió la pasión por las

historias medievales de reyes, nobles y bandidos; una pasión que convertiría al niño Walter en un prematuro e insaciable devorador de libros, que memorizaba con portentosa habilidad. De vuelta a Edimburgo, repuesto ya de su enfermedad, estudió la carrera de Derecho y trabajó como jurista en el despacho familiar hasta la muerte de su padre. Sólo entonces, bien entrado ya en la madurez, decide dejar la abogacía y dedicarse exclusivamente a la literatura.

Alternó en principio la prosa con el verso. Sin embargo, el éxito obtenido por Byron hizo que Scott desistiera de la poesía y se dedicara enteramente a la narrativa, convirtiéndose en el novelista más leído del Reino Unido y en el orgullo nacional de los escoceses. Para muchos fue el gran renovador del género novelístico, aunque, con mayor unanimidad se le considera el padre de la novela histórica.

Sus éxitos literarios no le acompañaron en los negocios. Anecdóticamente, este caballero de Escocia no tuvo nada de avaricioso y fue pródigo y generoso en todos sus actos. El

capital conseguido a través de sus libros, lo invirtió en una sociedad con los editores Constable y Ballantyne que llevaron el negocio a una quiebra estrepitosa en 1826. Como socio editorial tuvo que aceptar una deuda astronómica que le obligó a pasar el resto de sus días escribiendo y publicando a velocidades vertiginosas, antes de morir en su casa señorial de Abbotsford el 21 de setiembre de 1832. Murió siendo considerado como una gloria nacional en Escocia y Gran Bretaña y como el escritor más traducido del mundo occidental.

Como escritor, Walter Scott está ubicado en la llamada escuela romántica, junto con autores tan dispares como Byron, Coleridge, Keats, Shelley, etc., aunque sería más acertado designar al grupo no como escuela sino como generación, dada la diversidad de puntos de referencia literarios que hay entre ellos. El único nexo común que tienen radica en la búsqueda constante de tiempos y personajes históricos del pasado que provoquen la nostálgica analogía con la sociedad presente, la captura de una cultura perdida para reactualizarla.



Walter Scott y su familia en un idealizado grabado romántico.

Estos anhelos se reflejan en toda la obra de Walter Scott, que se recrea en la descripción de un pasado feudal. Personajes como Ricardo Corazón de León, Robin Hood, el rey Arturo, los caballeros de las Cruzadas, los monjes templarios... no son presentados desde la perspectiva de una rigurosa aquilatación histórica o documental, sino desde la aureola que se les brindaba en las leyendas y baladas tradicionales, que Walter Scott había oído contar a su madre y a los campesinos de la Escocia rural cuando era pequeño y, posteriormente, en sus múltiples viajes. Es curioso ver cómo el autor intenta corroborar históricamente la existencia y actitud de estos personajes, aplicando citas históricas a las leyendas y no a la inversa.

Scott vivificará los antiguos valo-

res escoceses en los que el prestigio y el poder del clan serán la causa última por la que se habrá de luchar. La virtud del honor, la lealtad, la generosidad, son los arquetipos propios de los protagonistas de sus novelas, que se irán repitiendo frente a la maldad más absoluta, la traición y la falsedad del enemigo. Modelos que Scott sirve en el mismo estado de pureza en que pueden encontrarse en el folklore popular. En sus novelas, no sólo hará resurgir los mismos personajes idealizados y las mismas situaciones del patrimonio oral, sino que también utilizará la misma lengua, muchas veces escrita tal y como se pronunciaban las palabras en el antiguo dialecto escocés, dificultando enormemente la tarea de los posteriores traductores.

Aunque Walter Scott sólo escribió

una obra explícitamente dirigida a los niños (*Tales of Grandfather*), con cuentos de Escocia y de Francia, los jóvenes lectores se apropiaron rápidamente de sus novelas, y ya en 1888 su nombre era el tercero en la lista de autores favoritos. Así fue como *Ivanhoe*, *El talismán*, *Quentin Durward*, o *Rob Roy* pasaron a engrosar las filas de los grandes clásicos de la literatura juvenil. ■

* Amàlia Ramoneda es licenciada en Pedagogía y especialista en literatura infantil.